AGUAS Y TIERRAS

(1920-1929)

[Versión castellana de CARLOS VIOLA SOTO.]

Sin memoria de muerte,
unidos en la carne,
el estruendo del último día
nos despierta adolescentes.

Nadie nos escucha;
¡el leve respiro de la sangre!

Hecha ramo
florece en tu costado
mi mano.

De plantas piedras y aguas
nacen los animales
al soplo del aire.

PLEGARIA A LA LLUVIA

Dulce olor del cielo
en las hierbas,
lluvia de atardecer.

Desnuda voz, te escucho:
primicias dulces de sonido
y refugio guarda el corazón arado;
y me arrancas mudo adolescente
de otra vida y todo movimiento
de súbita resurrección
que la tiniebla expresa y transfigura.

Piedad del tiempo celeste,
de su luz
de suspendidas aguas;

de nuestro corazón
de las venas abiertas
sobre la tierra.

OTOÑO

Manso otoño, me poso
e inclino sobre tus aguas a beberme el cielo,
suave fuga de árboles y abismos.

Agria pena del nacer
hállame a ti esposado,
y en ti me quebranto y recupero:

pobre cosa caída
que la tierra recoge.

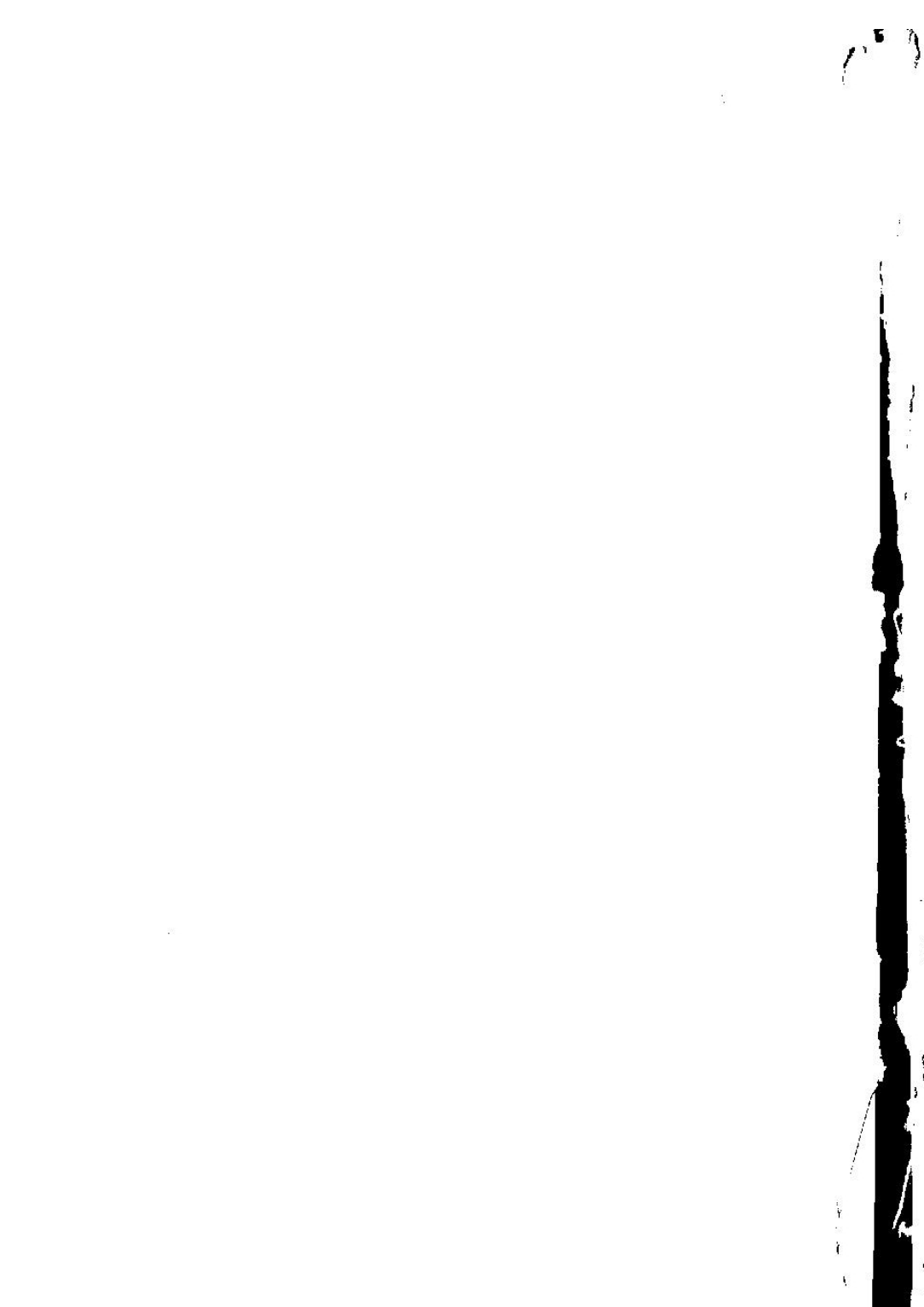
SELVAS DUERMEN

Matriz seca de amor y criaturas,
junto a ti gimo
desde hace años, deshabitado.

Selvas duermen,
de verdor serenas, de viento,
llanuras donde el azufre
era el verano de los mitos,
inmóvil.

No habías comenzado aún a vivirme,
presagio de durable pena:
La tierra moría sobre las aguas,
antiguas manos en los ríos
recogían papiros.

No puedo odiarte: así de leve
mi corazón de huracán.



Y DE PRONTO ANOCHECE

Cada uno está solo sobre el corazón de la tierra
traspasado por un rayo de sol:
y de pronto anochece.

VIENTO EN TÍNDARI

Tíndari, te sé benigno
entre vastas colinas pendiendo en las aguas
de las dulces islas del dios,
hoy vienes a mí
y de corazón te sometes.

Asciendo cumbres, aéreos precipicios
absorbido por el viento de los pinos,
y la comitiva que leve me acompaña
se aleja en el aire,
ondea de amor y rumor,
y tú me rescatas
de quien equivocadamente me aparté
y pavor de sombras y silencios,
refugios de dulzura un tiempo asiduas
y muerte en el alma.

Ignota para ti es la tierra
donde cada día naufrago
y secretas sílabas nutro:
otra luz te deshoja en los vidrios,
en la veste nocturna,
y alegría ajena a mí reposa
en tu seno.

Amargo es el exilio,
y la búsqueda que en ti concentraba
de armonía hoy transfórmase
en precoz anhelo de morir;
y todo amor es amparo a la tristeza,
callado paso en la tiniebla
donde me has puesto
amargo pan a romper.

Tíndari serena torna;
dulce amigo me invita
a asomarme al cielo desde una pena
y yo finjo temor a quien ignora
qué viento profundo me ha buscado.

Y BLANCA ES TU VESTE

Inclinada la frente, me contemplas;
y tu veste es blanca
y un seno aflora de la randa
sobre el hombro izquierdo desceñida.

Me rebasa la luz; tremante,
toca tus brazos desnudos.

Te vuelvo a ver. Palabras
oscuras y rápidas usabas,
que ponían sentimiento
en el peso de una vida
que sabía de circo.

Profundo el camino
sobre el que el viento descendía
ciertas noches de marzo
y nos despertaba ignotos
como la vez primera.

AGUAMUERTA

Agua estancada, sueño de las ciénagas
que en vastas láminas venenos maceras,
ora blanca ora verde a la luz del relámpago,
a mi corazón te asemejas.

El álamo se agrisa en torno y el acebo;
hojas de bellotas aquiétanse dentro,
y cada una en su círculo de único centro
desflecadas por el lóbrego zumbido del ábrego.

Así, como sobre el agua extiende
el recuerdo sus anillos, mi corazón,
muévese de un punto y luego muere:
tu hermana es aguamuerta.

EL DÍA SE INCLINA

Desierto me hallas, Señor,
en tu día,
cerrado a toda luz.

De ti privado me espanto,
perdida senda de amor,
y gracia no me allega
ni siquiera el trémulo cantarme
que hace áridos mis deseos.

Te he amado y castigado;
el día se inclina
y recojo sombras de los cielos:
¡cuánta tristeza, mi corazón
de carne!

ANTIGUO INVIERNO

Anhelo de tus claras manos
en la penumbra de la llama
de robles y de rosas sabían;
de muerte. Antiguo invierno.

Buscaban su alimento las aves
y de pronto hacíanse de nieve;
así las palabras.
Un poco de sol, un resplandor angélico,
luego la niebla; y los árboles,
y nosotros hechos de aire en la mañana.

DOLOR DE COSAS QUE IGNORO

Densa de blancas y negras raíces
a levaduras y lombrices huele,
arrancada a las aguas, la tierra.

Dolor de cosas que ignoro
nace en mí: no basta una muerte
si como aquí más de una vez me pesa
con la hierba un terrón sobre el alma.

LOS MUERTOS

Parecióme que se abrían voces,
que labios buscaban agua,
que manos alzábanse a los cielos.

¡Qué cielos! Más blancos que los muertos
que siempre me despiertan suaves;
llevan los pies descalzos; no van lejos.

¿Gacelas que bebían en las fuentes,
viento hurgando en los enebros
y ramas levantando estrellas?

NUNCA TE VENCIÓ NOCHE TAN CLARA

Nunca te venció noche tan clara
si a la risa te abres y parece que tocas
toda tú de astros una escala,
que descendiera ya rotando en sueños
a ponerme atrás del tiempo.

Dios era entonces temor de habitación cerrada
donde un muerto reposa,
centro de toda cosa,
del sereno y del viento del mar y de la nube.

Y aquel arrojarme al suelo,
aquel gritar alto el nombre en el silencio,
era la dulzura de sentirme vivo.

LLAMAS UNA VIDA

Fatiga de amor, tristeza;
llamas una vida
que dentro, en lo hondo, tiene nombres
de cielos y jardines.

¿No sería mi carne
que el don de mal transforma?

ESPEJO

Y he aquí que sobre el tronco
rómpense gemas:
un verde más nuevo que la hierba
que el corazón reposa:
el tronco parecía muerto
doblado sobre la cuesta.

Y todo me suena a milagro;
y soy esa agua de nube
que refleja ahora en las zanjas
más azul su trozo de cielo,
ese verde que rompe la corteza
y que esta noche ni siquiera no estaba.

NADIE

Soy tal vez un niño
que teme a los muertos,
pero que a la muerte llama
para que lo libere de todas sus criaturas:
los niños, el árbol, los insectos;
de todo cuanto alberga corazón de tristeza.

Porque no tiene ya regalos
y los caminos son oscuros,
no hay ya nadie
que hacerlo llorar sepa,
Señor, a tu vera.

CALLEJUELA

Tu voz a veces me reclama
y no sé qué cielos y aguas
se me despiertan dentro:
una red de sol que se desteje
sobre tus muros que en la noche eran
un balanceo de lámparas
de las perezosas tiendas
llenas de viento y de tristeza.

Otro tiempo: un telar batía en el patio
y se oía por la noche un llanto
de niños y cachorros.

Callejuela: una cruz de casas
que se llaman quedo
y no saben que es el miedo
de quedarse solas en la sombra.

AVIDAMENTE TIENDO MI MANO

En pobreza de carne, tal cual soy,
heme aquí, Padre; polvo de camino
que el viento en su perdón levanta apenas.

Pero si menguar antaño no he sabido
la primitiva voz aún rumorea,
ávidamente tiendo mi mano:
dame dolor pan cotidiano.

LOS RETORNOS

Plaza Navona, por la noche, en los bancos
tendíame de espaldas en busca de sosiego
y mis ojos con líneas y volutas de espirales
unían las estrellas,
las mismas que miraba cuando niño
tendido en los guijarros junto al Plátani
deletreando una oración en la penumbra.

Bajo la cabeza entrecruzaba las manos
y recordaba los retornos:
olor de frutas secándose en esteras,
de alheli, de jengibre, de espliego;
cuando pensaba en leerte, pero quedo
(tú y yo, madre, en un rincón umbrío)
la parábola del pródigo,
que me perseguía siempre en los silencios
como un ritmo que se abriera a cada paso
sin quererlo.

Pero a los muertos no les es dado retornar,
y no hay tiempo ni siquiera para la madre
cuando el camino llama:
y partía una vez más, encerrado en la noche
como quien teme quedarse al alba.

Y el camino dábame las canciones
que saben al grano que se hincha en las espigas,
a las flores que cubren de nieve los olivos
entre el azul del lino y los junquillos;
resonancias en los remolinos de polvo,
cantilenas de hombres y chirridos de carros,
con sus linternas que oscilan escuálidas
y alumbran apenas lo que una luciérnaga.

REFUGIO DE PÁJAROS NOCTURNOS

En lo alto hay un pino torcido,
alerta el abismo escucha
con su tallo de ballesta.

Refugio de pájaros nocturnos,
en la hora más alta resuena
en un batir de alas veloces.

También mi corazón tiene su nido
suspendido en la sombra, una voz;
también ausculta la noche.

TAMBIÉN MI COMPAÑÍA ME HUYE

Tal vez ha cambiado también mi tristeza,
mujeres de ghetto, juglares de taberna,
con quienes pasé tanto tiempo;
muerta está la muchacha
cuyo rostro ardía perenne
untado de aceite, de la masa ácima
y la oscura carne de hebrea.

Tal vez ha cambiado también mi tristeza,
como si no fuese mío,
de mí mismo olvidado.

ÓBOE SUMERGIDO
(1930-1932)

[Versión castellana de CARLOS VIOLA SOTO.]

ÓBOE SUMERGIDO

Avara pena, demora tu don
en esta mi hora
de suspirados abandonos.

Un gélido óboe vuelve a silabear
júbilos de perennes hojas
no mías, y desmemóriase:

anochece en mí:
tramonta el agua
sobre mis manos herbosas.

Alas oscilan en áfono ciclo,
lábiles: el corazón emigra,
yo, baldío,

y los días, escombros.

MI TIERRA

Un sol irrumpe tímido en el sueño,
árboles aúllan;
aurora venturosa
en que navegas desanclada,
y estaciones marinas
dulces fermentan riberas por nacer.

Enfermo aquí despierto
de otra tierra amarga
y de la piedad mudable del canto
que amor en mí germina
de hombres y muerte.

Mi mal reverdece,
mas de aire son las manos
en tus ramos,
en mujeres que la tristeza
encerró en abandono
y el tiempo que me descorteza y agrisa
jamás roza.

A ti me arrojo: un frescor
de naves se posa en el corazón;
desnudos pasos de ángel
se oyen allí en la tiniebla.

REPOSO DE LA HIERBA

Deriva de luz; lábiles vórtices,
aéreas zonas de soles
escalan abismos: Abro el terrón
que me pertenece y tiéndome. Y duermo:
desde hace siglos la hierba reposa
su corazón conmigo.

Me despierta la muerte;
más uno, más solo,
hondo latir del viento:
de noche.

PALABRA

Ríes porque sílaba a sílaba me descarno
y curvo cielo y colinas, seto azul
circundándome, susurrar de olmos
y voz de trémulas aguas;
porque a juventud engaño
con nubes y colores
que la luz ahonda.

Te conozco. En ti desfallecida
alza belleza sus senos
alhuécase en el dorso y en dulce movimiento
se alarga en el pubis temeroso,
y desciende en armonía de formas
hasta el hermoso pie con sus diez conchas.

Mas he aquí que si te tomo
palabra me serás también y tristeza.

DE UNA LOZANA MUJER YACENTE ENTRE LAS FLORES

Se adivinaba la estación oculta
en el ansia de las nocturnas lluvias,
en el mudar de nubes en el cielo,
undosas leves cunas;
y yo, muerto.

Una ciudad en el aire suspendida
érame exilio postrero
y llamábanme en torno
las suaves mujeres de otro tiempo,
y la madre, renovada por los años,
su dulce mano escogiendo entre las rosas
con las más blancas ceñíame la frente.

Afuera era de noche,
los astros precisos recorrían
ignotas sendas en una curva de oro
y las cosas hechas fugitivas
traíanme a rincones secretos
para hablarme de jardines abiertos
y del sentido de la vida;
pero a mí me dolía la postrer sonrisa
de una lozana mujer yacente entre las flores.

CURVA MENOR

Piérdeme, Señor, que no oiga
los sumergidos años desnudarme tácitos
y si el dolor tornarse en claro movimiento:
curva menor
del vivir sólo me resta.

Hazme viento que navega dichoso
o simiente de cebada o lepra
a sí misma expresándose en pleno devenir.

Y sea fácil amarte
en hierba que tunde la luz,
en herida que horada la carne.

Ensayo una vida:
cada cual se descalza y vacila
en la búsqueda.

Una vez más me dejas: estoy solo
en la sombra que en noche se dilata,
ni un pasaje que se abra
al dulce correr de la sangre.

COMPAÑERO

No sé qué luz despiertas en mí:
nupcial elipse de celeste y blanco
precipítase y en mí se desploma. Tú,
dichoso nacimiento, tocándome,
y en el silencio allegando imágenes de la infancia:
benignísimos ojos de oveja asesinada,
del perro que me mataron
y que fuera un feo, áspero compañero
de secos huesos.

A aquel niño amaba yo
más que a los otros; diestro
en la rayuela y la billarda,
callado y grave siempre.

Crecía a la luz de altos cielos
corriendo tierras y vapores de planetas:
misteriosos viajes a la luz de la lámpara,
y el sueño tardo me encerraba absorto
en el canto sereno de los gallos,
con el primer trajinar junto a los hornos
de las sirvientas soñolientas.

Me has dado llanto
y tu nombre la luz no me aclara
y sí aquel de cándido cordero
del corazón que he enterrado.

SIN MEMORIA DE MUERTE

Primavera levanta árboles y ríos:
la honda voz no oigo,
en ti perdido, amada.

Sin memoria de muerte,
unidos en la carne,
el estruendo del último día
nos despierta adolescentes.

Nadie nos escucha;
¡el leve respiro de la sangre!

Hecha ramo
florece en tu costado
mi mano.

De plantas piedras y aguas
nacen los animales
al soplo del aire.

PLEGARIA A LA LLUVIA

Dulce olor del cielo
en las hierbas,
lluvia de atardecer.

Desnuda voz, te escucho:
primicias dulces de sonido
y refugio guarda el corazón arado;
y me arrancas mudo adolescente
de otra vida y todo movimiento
de súbita resurrección
que la tiniebla expresa y transfigura.

Piedad del tiempo celeste,
de su luz
de suspendidas aguas;

de nuestro corazón
de las venas abiertas
sobre la tierra.

OTOÑO

Manso otoño, me poso
e inclino sobre tus aguas a beberme el cielo,
suave fuga de árboles y abismos.

Agria pena del nacer
hállame a ti esposado,
y en ti me quebranto y recupero:

pobre cosa caída
que la tierra recoge.

SELVAS DUERMEN

Matriz seca de amor y criaturas,
junto a ti gimo
desde hace años, deshabitado.

Selvas duermen,
de verdor serenas, de viento,
llanuras donde el azufre
era el verano de los mitos,
inmóvil.

No habías comenzado aún a vivirme,
presagio de durable pena:
La tierra moría sobre las aguas,
antiguas manos en los ríos
recogían papiros.

No puedo odiarte: así de leve
mi corazón de huracán.

A LA NOCHE

De tu matriz
nazco inmemorial
y lloro.

Ángeles caminan, mudos
conmigo; las cosas no respiran;
en piedra convertida toda voz,
silencio de sepultos cielos.

Tu primer hombre
no sabe, pero sufre.

MI PACIENTE JORNADA

Mi paciente jornada
te entrego, Señor,
incurada enfermedad,
rodillas quebrantadas por el hastío.

Me abandono, me abandono;
aullido de primavera,
una floresta
nacida en mis ojos de tierra.

METAMORFOSIS EN LA URNA DEL SANTO

Maduran los muertos
y mi corazón con ellos.
Piedad de sí misma
en el último humor siente la tierra

Mueve en los vidrios de la urna
una luz de árboles lacustres:
Oscura mutación me devasta,
santo ignoto: gimen a la esparcida simiente
verdes larvas:
mi rostro es su primavera.

Nace una memoria de tinieblas
en el fondo de los murados pozos,
un eco de tímpanos sepultos:

soy tu reliquia
padecida.

HASTA MÍ DESCENDIDA EN UNA NUEVA INOCENCIA

Feliz se oía esta noche tu voz
hasta mí descendida en una nueva inocencia
cuando padezco un nacimiento
de acongojadas leticias.

Temblabas cándida,
con los brazos en alto;
y yo yacía en ti
con mi vida
en magra sangre recogida,
olvidado del canto
que me ha hecho extremada,
con la mujer que me apartó a su lado,

mi tristeza
de árbol malnacido.

DONDE LOS MUERTOS ESTÁN CON LOS OJOS ABIERTOS

Recorremos casas silenciosas
donde los muertos están con los ojos abiertos
y niños ya adultos
en la risa que los entristece,
y frondas que baten contra mudos vidrios
en medio de las noches.

También nosotros tendremos voces de muertos
si alguna vez vivos estuvimos
o el corazón de las selvas y la montaña
que nos empujó a los ríos,
sólo nos quiere sueños.

DAME MI DÍA

Dame mi día;
que pueda seguir buscando
un rostro sosegado de años
que un puñado de agua
refleje en transparencia,
y llore yo de amor por mí mismo.

Marcho sobre tu corazón,
y hay un encuentro de astros
en archipiélagos insomnes,
noche, fraternales para mí
fósil emergido de una cansada ola;

un curvarse de órbitas secretas
donde con hierbas y rocas
yacemos hieráticos.

CONVALECENCIA

Amor hacerse una otra muerte siento
de mí ignorada y más tardía que ésta,
que a menudo me empuja hacia sus formas.

Abandonos de alga:
me busco en los oscuros acordes
de despertares hondos
en orillas densas de cielo.

El viento se filtra
dócil en mi sangre,
y es ya voz y naufragio,
manos que renacen:

manos cruzadas o juntas palma a palma
en abierta renuncia.

Ante ti zozobra
el corazón seco y doliente,
infancia imposeída.

EL ÁNGEL

Duerme el ángel,
sobre rosas de aire, cándido,
sobre su costado,
en la paz del regazo
las hermosas manos en cruz.

Mi voz lo despierta;
y me sonríe,
cubierta de polen
la posada mejilla.

Canta; me sobrecoge el alma,
opaco cielo del alba.
El ángel me pertenece;
lo poseo, gélido.

VIDA OCULTA

Filtra la hora y el espacio
huérfano de luz presagio
en el abandono de las hierbas;
y el viento, el fresco viento no teje
trama de sonido y claridad repentina
y cuando calla queda solo hasta el cielo.

Dame una vida oculta
y si no sabes ocúltame también,
noche aéreo mar.

Náufrago: y en cada sílaba me oyes
que de la tierra cava su tronera
y en la sombra se alarga,
y en árbol, piedra o sangre se convierte
en ansiosa forma de alma
que en sí muere,
yo mismo deshojado por la pena
que me serena, profundidad de amor.

VOLUBLE DE ASTROS Y SOSIEGO

Y si de mí el júbilo te vence,
nudo es de sombras.
Nada consuela ahora
más que el silencio; y no nos sacia
rostro mudable de aires y colinas,
gira la luz sus cielos cóncavos
a límite de tiniebla.

Voluble de astros y sosiego
noche nos hunde en el veloz engaño:
piedras que el agua pule en cada boca.

Aún duermen niños en tu sueño;
oía yo a veces un aullido
quebrarse, hacerse carne;
y batir de manos y una voz
dulzuras abrirme ignotas.

HECHA SOMBRA Y ALTURA

Vienes en mi voz:
y la apacible lumbre veo
en la rayada sombra descender
y tu cabeza circundar de una nube de astros.
Y yo, perplejo, asombrándome de los ángeles
y los muertos, del aire encendido en arco.

No mía; mas en el espacio
nuevamente inmersa, en mí, tremante,
hecha sombra y altura.

SIMIENTE

Árboles de sombras,
naufragan islas en vastos acuarios,
doliente noche,
sobre la naciente tierra.

Un rumor de alas,
de nubes que se abre
en mi pecho.

Ninguna cosa muere
que en mí no viva.

Tú ves, tan leve soy,
tan dentro de las cosas
que camino con los cielos;

que cuando Tú lo quieras
en simiente me arrojes
cansado ya del dormido peso.

VERDE DERIVA

Noche: dolorida luz,
naufragar de perezosas campanas.
No me digáis una palabra: en mí enmudece
el amor de los sonidos y la hora es mía
como en el tiempo de los coloquios
con el aire y las selvas.

Sopores descendían de los cielos
en aguas lunares,
las casas dormían un sueño de montañas
o la nieve detenía ángeles en los alisos,
y estrellas en los vidrios
velados como papel de cometas.

Verde deriva de islas,
escala de veleros,
la tripulación que mares y nubes recorría
en cantilena de remos y cordajes
dejábame la presa: tan desnuda
y blanca que al tocarla
oíanse en secreto
las voces de los ríos y las rocas.

Después las tierras se asentaban
sobre profundidades de acuario
y ansias de tedio y vida en otros movimientos
caía en absortos firmamentos.

Tenerte es zozobra
que sacia de todo llanto,
dulzuras que las islas reclaman.

FRESCOS DE DORMIDOS RÍOS

Te encuentro en los dichosos arribos,
de la noche consorte,
ahora desenterrada
casi tibieza de un júbilo nuevo,
amarga gracia del vivir sin bocas.

Vírgenes caminos oscilan
frescos de dormidos ríos.

Aún soy el pródigo que escucha
en el silencio su nombre,
cuando los muertos llaman.

Y muerte es un espacio
en el corazón.

DE ÁRBOLES SUFRIDAS FORMAS

Madura hora, primicia solar
la luz que en torno despertó
de árboles sufridas formas
y suspirar de aguas
que la noche mezcló a las palabras,
y sublevadas sombras
pliéganse a los setos.

Inútil jornada,
me arrancas de suspendidos espacios
(apagados desiertos, abandonos)

de quietas selvas
cautivas de cáñamos de oro,
cuyo sentido no altera
el susurrar de los vientos
que de ímpetu derrúmbanse,
ni transcurrir de estrellas.

El corazón me descubrió subterráneo,
que rosas tiene y lunas que oscilan
y alas de bestias de rapiña
y catedrales, donde ensaya
alturas de planetas la alborada.

Ignoto me despiertas
a la vida terrenal.

AMÉN PARA EL DOMINGO *IN ALBIS*

No me has traicionado, Señor:
de todo dolor
soy el primogénito.

ERATO Y APOLO
(1932-1936)

[Versión castellana de CARLOS VIOLA SOTO.]

SÍLABAS A ERATO

A ti resigna el corazón en soledad,
exilio de oscuros sentidos
en que trasmuta y ama
lo que pareció nuestro ayer
y hoy yace en la noche sepulto.

Semicírculos de aire resplandecen
en tu rostro; así se me mostró
en el tiempo que el primer anhelo aflige
e híceme blanco, perezoso el labio
a luz de sonrisa.

Para tenerte te pierdo
y no me lamento: eres aún hermosa,
quieta en dulce actitud de sueño:
serenidad de muerte extremo júbilo.

CANTO DE APOLO

Noche terrenal, en tu débil fuego
me complací a veces
y descendí entre los mortales.

Y vi al hombre
inclinado sobre el vientre de la amada
oírse nacer,
y mudarse desechado a la tierra,
las manos enlazadas,
los ojos y la mente secos.

Amé. Frías eran las manos
de la criatura nocturna:
altos terrores acogí en el vasto lecho
donde al alba despertóme
un revuelo de palomas.

Luego el cielo allegó hojas
sobre su cuerpo inmoble:
subieron lúgubres las aguas en los mares.

Amor mío, heme aquí lamentándome
sin muerte, solo.

GARZA MUERTA

En la caliente ciénaga clavada en el limo,
dulce a los insectos, sangra en mí
una garza muerta.

Yo me devoro en luz y sonido;
golpeado en escuálidos ecos
de vez en cuando gime un soplo
olvidado.

Piedad, que no me encuentre
sin voces ni rostros
en la memoria un día.

EN TU LUZ NÁUFRAGO

Nazco en tu luz náufrago,
noche de límpidas aguas.

De serenas hojas
arde el consolado aire.

Desarraigado de los vivos,
corazón provisorio,
soy límite vano.

Tu tremendo don
de palabras, Señor,
descuento asiduamente.

Despiértame de los muertos:
cada uno ha tomado su tierra
y su mujer.

Tú me has guardado dentro
en la oscuridad de las vísceras:
nadie en su alma lleva
mi desesperación:

Soy un hombre solo,
un solo infierno.

ISLA DE ULISES

Detenida está la antigua voz.
Oigo resonancias efímeras,
olvido de plena noche
en el agua estrellada.

Del fuego celeste
nace la isla de Ulises.
Lentos ríos arrastran árboles y cielos
en el estruendo de orillas lunares.

Las abejas, amada, nos allegan el oro:
tiempo de las mutaciones, secreto.

EN LUZ DE CIELOS

De los estanques ascienden nubes dichosas;
acabará también el fuego del aire
en el quieto corazón.

Cara juventud; es tarde.
Pero puedo amar todo de la tierra
en luz de cielos y tiniebla de vientos;
y sobre toda apariencia la mujer
que vino a mí no ha mucho,
en cuya risa me contemplo,
y que amor pedía, su verde salud.

Así solo, cifras de perdido bien
narrábame, y días,
y resplandecientes en sus remotas auras
aguas de hierbas y de selvas.

En la isla muerta,
abandonado por todo corazón
que oyera mi voz,
puedo seguir murado.

LATOMÍAS

Sílabas de sombra y hojas,
sobre la hierba abandonados
ámanse los muertos.

Oigo. Cara la noche a los muertos,
para mí espejo de sepulcros,
de latomías de cedro verdísimas,

de cuevas de salgemas,
de ríos cuyo nombre griego
es un verso dulce de decir.

DE MI OLOR DE HOMBRE

En los árboles asesinados
ululan los infiernos:
Duerme el verano en la virgen miel,
el lagarto en la infancia de monstruo.

De mi olor de hombre
gracia al aire de los ángeles,
al agua mi corazón celeste
en la fértil penumbra de célula.

EN EL JUSTO TIEMPO HUMANO

Yace en el viento de profunda luz
la amada del tiempo de las palomas.
De mí de aguas de hojas
sola entre los vivos, oh dilecta,
razonas; y la desnuda noche
tu voz consuela
de lucientes ardores y leticias.

Belleza nos decepcionó y al disiparse
de toda forma y memoria,
el lábil movimiento revelado a los afectos,
reflejo de internos fulgores.

Pero de lo hondo de tu sangre
en el justo tiempo humano,
renaceremos sin dolor.

CIUDAD EXTRANJERA

Otra hora que cae:
abierta como una estrella una cáscara de banana
vive sobre el río. El estruendo
de una almazara que muele pedrisco
sobre la rada, junto a barcazas inertes,
la arena amarilla que desborda
y en la ola árida la pena
a la que me finjo leve
cada día que no me pertenece.

Muertos descienden de altas carrozas
de sangre en la niebla,
las lámparas rozan el empedrado.

Entre largas avenidas
negras hojas hacinadas
en un presagio de viento.

EN UN SENTIDO DE MUERTE

Árboles cerúleos
donde el más dulce sueño emigra
y nace el amor de las lluvias nuevas.

En una fronda, dócil
la luz se mece
en nupcias con el aire.

En un sentido de muerte,
heme aquí, aterrado de amor.

DEL PECADOR DE MITOS

Del pecador de mitos
la inocencia recuerda,
oh Eterno; y los raptos
y los estigmas funestos.

Lleva en sí tu sello del bien y del mal
e imágenes donde sangra
la patria de la tierra.

NUEVAS POESÍAS
(1936-1942)

[Versión castellana de CARLOS VIOLA SOTO.]

RÍE LA URRACA, NEGRA, EN LOS NARANJOS

Quizás es un signo verdadero de la vida:
en torno a mí niños con ligeros
movimientos de cabeza danzan en un juego
de cadencias y voces en el prado
de la iglesia. ¡Piedad en la noche, sombras
que se vuelven a encender sobre la hierba
tan verde, hermosísimas en el fuego de la luna!
Memoria os concede un breve sueño;
ahora, despertad. Oíd el bramar del pozo
con la primera marea. Ésta es la hora:
no más mía, abrasados, remotos simulacros.
Y tú, viento del Sur, oloroso de jazmines,
la luna empuja hacia donde nudos duermen
niños, fuerza al potrillo en los campos
húmedos de sombras de yeguas, abre
el mar, levanta las nubes de los árboles:
ya la garza avanza hacia las aguas
y husmea lento el fango en las espinas,
ríe la urraca, negra, en los naranjos.

LA DULCE COLINA

Remotos pájaros abiertos en la noche
tiemblan sobre el río. Y la lluvia insiste
y el silbo de los álamos iluminados
por el viento. Como todo lo remoto
vuelves a la memoria. El leve verde

de tu veste aquí entre las plantas
abrasadas por el rayo donde se alza
la dulce colina de Ardenno y se oye
al milano sobre los abanicos de alcandía.

Tal vez en aquel vuelo de prietas espirales
confiaba mi desilusionado regreso,
la aspereza, la vencida piedad cristiana,
y esta pena desnuda de dolor.
Llevas una flor de coral en los cabellos.
Pero tu rostro es una inmutable sombra;
(así la muerte). Desde las sombrías casas
de tu aldea oigo el Ada y la lluvia
y tal vez un susurro de pasos humanos
entre las tiernas cañas de la orilla.

¿QUÉ QUIERES, PASTOR DE AIRE?

Perdura aún el reclamo del antiguo
cuerno de los pastores, áspero sobre las zanjas
blancas de pellejos de serpientes. Quizá
halla aliento en las mesetas de Acquaviva,
donde el Plátani arrastra conchas
bajo el agua entre pies de niños
de piel olivácea. Oh, ¿de qué tierra el soplo
de viento prisionero, rompe y hace eco
en la luz que se extingue; qué quieres,
pastor de aire? Tal vez llamas a los muertos.
No lo oyes como yo, mezclado al mar
por el reverbero, alerta al grito sordo
de los pescadores que recogen sus redes.

ANTE EL SIMULACRO DE HILARIA DEL CARRETO

Bajo suave luna tus colinas,
junto al Serchio muchachas con vestidos rosados
y turquesa muévense ligeras.
Así en tu dulce tiempo, querida; y Sirio
pierde color, se aleja cada hora
y la gaviota se agita en las playas
desoladas. Los amantes van alegres
en el aire de setiembre, sus gestos
acompañan sombras de palabras
que conoces. No tienen piedad; y tú,
prisionera de la tierra, ¿qué lamentas?
Has quedado sola aquí. Mi turbación
es la tuya, quizás, igual en ira y en espanto.
Remotos los muertos y más aún los vivos,
mis camaradas viles y taciturnos.

AHORA QUE APUNTA EL DÍA

Extinguióse la noche y la luna
se desciñe lenta en el sereno,
tramonta en los canales.

Tan vivo aparece setiembre en esta tierra
de llanura, los prados verdes
como en los valles del Sur en primavera.
He dejado a mis compañeros,
he ocultado el corazón entre los viejos muros
para quedarme solo y recordarte.

¡Cuánto más remota que la luna eres,
ahora que apunta el día
y sobre las piedras bate el casco de los caballos!

YA ESTÁ AQUÍ LA LLUVIA

Ya está aquí la lluvia,
el aire agita silenciosa.
Las golondrinas rozan el agua mortecina
de los lagos lombardos,
vuelan como gaviotas sobre los peces pequeños;
el olor del heno trasciende el recinto de los huertos.

Un año más gastado,
sin un lamento, sin un grito
destinado a vencer, de pronto, un día.

PLAZA FONTANA

No a mí ya el viento en los cabellos
caro se extiende, desengañada frente:
la testa inclina dócil a los niños
en la plaza, a los curvados rojos árboles.

Con humana dulzura
otoño me consume. Y esta furia
de últimos pájaros estivos sobre el muro
de la Curia asume el gris de los portales,
dura en el aire y dentro
de mi sosegado murmullo.

Oigo
el monótono reír senil
de los migradores acuáticos,
el repentino chasquido de palomas
que divide la noche; nuestro es el saludo
a orillas de Hautecombe.

Exacto aquel tiempo humíllase en los símbolos,
y aún éste, vivo en su muerte.

Se pierde mi dominio sobre ti; rápido
muda: así contra el negro viento
de las ventanas, el agua de la fuente
en levísima lluvia.

EL ALTO VELERO

Cuando vinieron pájaros a mover las hojas
de los amargos árboles que rodean mi casa
(eran ciegos volátiles nocturnos
que horadaban sus nidos en las cortezas)
levanté la frente hacia la luna
y vi un alto velero.

En el perfil de la isla el mar era de sal;
la tierra habíase tendido y antiguas
conchas brillaban adheridas a las rocas
sobre la rada de limoneros enanos.

Y dije a mi amada en la que se agitaba un hijo mío
y tenía por eso siempre el mar en el alma:
"Estoy cansado de estas alas que baten
con un ritmo de remos, y de las lechuzas
que se lamentan como perros
cuando hay viento de luna en los cañaverales.
Quiero partir, quiero dejar esta isla."
Y ella: "Oh, querido, es tarde ya: quedémonos."

Me puse entonces a contar lentamente
los vivos reflejos del agua marina
que el aire allegaba a mis ojos
desde el cuerpo del alto velero.

A ORILLAS DEL LAMBRO

Ileso se esfumó de nosotros aquel día
en el agua con los tumbados velcros.
Nos dejaron los pinos,
huellas de humo sobre las casas
y la playa en fiesta
aclamando las banderas
de pequeños caballos.

En el sereno color
que se remonta aquí a la muerte de la luna
y aguza las colinas de Brianza,
tú, aún vaga, moviéndote
con pausas de hoja.

Las abejas secas de miel
leves surgen con los despojos de los granos,
mudan de luz las Virgilias.

Con el río que levanta ahora en una zambullida
de rueda el vacío del valle,
se renueva la infancia jugada con los sexos.

Me abandono a su sangre
fúlgida sobre la frente,
a su voz en servidumbre de dolor
funesta en el silencio del pecho.
Todo cuanto me queda está perdido:

Al norte y al este de mi isla
hay un viento traído por las piedras
a las aguas amadas: en primavera
abre las tumbas de los suabios;
los reyes de oro vístense de flores.

Apariencia de eterno a la piedad
un orden perdura en las cosas

que recuerda el exilio:
Sobre el perfil de las ruinas
titubea por siempre la roca,
la raíz resiste a los dientes del topo.
Y dentro de mi noche pájaros
olorosos de naranja oscilan
sobre los eucaliptos.

Aquí otoño perdura en el meollo
de las plantas; pero incuban las piedras
en el alvéolo de tierra que las retiene;
y largas flores horadan los setos.
Ha olvidado toda aversión ahora la tibieza
casi humana de vellosas corolas.

Tú, escuchando cautelosa, sonríes para ti:
Como el sol hace bruñir el pelo
de las niñas que corren,
¡qué mansos júbilos y confusos temores
y gentileza de resistido llanto
resurgen en el tiempo que se iguala!
Pero como el otoño oculta está tu vida.

También esta noche tramonta
en los fosos de las cuestas; y redobla el balde
hacia el círculo del alba.
Los árboles vuelven más allá de los vidrios
como naves floridas.

Oh, amada, cuán remota
la muerte estaba de la tierra.

ELEGOS PARA LA DANZARINA CUMANÍ

El viento de las selvas
claro transcurre hacia las colinas.
Amanecer prematuro: el adolescente
de la sangre igual turbación siente.

Y la huella del agua es el alba
en la orilla. Se consumía en mí
el suplicio de la arena
en angustiosos latidos, espaciando la noche.

Duele durable antiquísimo grito:
piedad para el joven animal
herido de muerte entre las hierbas
de agria mañana tras las nuevas lluvias.

La tierra está en ese desesperado pecho
y allí mi voz halla su límite:

Tú danzas a su número hermético
y torna el tiempo en frescas figuras:
aún dolor, pero tan a sosiego
vuelto que de dulzura arde.

En este silencio que rápido consúmese
no me arrebates efímero,
no me abandones solo a la luz;

ahora que en mí en benigno fuego
naces Anadiomena.

IMITACIÓN DE LA ALEGRÍA

Donde los árboles hacen
más abandonada aún la noche,
con cuánta indolencia
desvanecióse tu postrer paso
que apenas la flor aparece
sobre los tallos y en su suerte insiste.

La razón de los afectos buscas,
sientes el silencio en tu vida.

Otra dicha me revela
el tiempo reflejado y acongoja
como la muerte, belleza
ya en otros rostros fulmínea.
He perdido todo lo inocente
aún en esta voz, sobreviviente
para imitar la alegría.

CABALLOS DE LUNA Y DE VOLCANES

A mi hija

Islas que he habitado
verdes sobre mares inmóviles.

Abrasadas de algas, de fósiles marinos
las playas donde enamorados corren
caballos de luna y de volcanes.
En la estación de las ruinas,
las hojas, las grullas embisten el aire;
en luz de aluvión fulguran
cielos densos abiertos a las estrellas.

Las palomas vuelan
de los hombros desnudos de los niños.

Aquí se acaba la tierra:
con fatiga y con sangre
me construyo una prisión.

Por ti deberé arrojarme
al pie de los poderosos,
endulzar mi corazón de bandolero.

Pero expulsado por los hombres,
en el rayo de luz aún yazgo

niño con las manos abiertas
a orillas de árboles y ríos:

donde la latomía el naranjo griego
fecunda númenes para los himeneos.

VUELA YA LA MAGRA FLOR

Nada sabré de mi vida,
oscura monótona sangre.

No sabré a quién amaba, a quién amo,
ahora que oprimido, reducido a mis miembros,
en el gastado viento de marzo
enumero los males de los días descifrados.

Vuela ya la magra flor
de las ramas, en tanto espero
la paciencia de su irrevocable vuelo.

COMIENZO DE PUBERTAD

Saqueadora de inercias y dolores,
noche; protegida de los silencios
la edad renace
de las oblicuas tristezas.

Y veo en mí muchachos
aún arrogantes sobre el anca
en la pendiente de las conchas
turbarse ante mi voz cambiada.

DIA TRAS DIA
(1942-1946)

[Versión castellana de ALEJANDRA PIZARNIK y MARÍA CRISTINA GIAMBELLUCA.]

EN LAS FRONDAS DE LOS SAUCES

¿Y cómo podíamos cantar
con el pie extranjero sobre el corazón,
entre los muertos abandonados en las plazas
sobre la hierba rígida de hielo, ante el lamento
de cordero de los niños, ante el aullido negro
de la madre que iba hacia el hijo
crucificado en el poste de telégrafo?
En las frondas de los sauces, como por voto,
también nuestras liras estaban colgadas,
oscilaban leves bajo el triste viento.

CARTA

Este silencio detenido en las calles,
este viento indolente, que ahora se desliza
abajo entre las hojas muertas o sube
hacia los colores de las insignias extranjeras...
tal vez el ansia de decirte una palabra
antes de que el cielo vuelva a cerrarse
sobre otro día, tal vez la inercia,
nuestro mal más vil... La vida
no es en este tremendo, oscuro, latir
del corazón, no es piedad, no es más
que un juego de la sangre donde la muerte
está en flor. Oh mi dulce gacela,
te recuerdo aquel geranio encendido
sobre un muro acribillado por la metralla.
¿O ni siquiera ahora la muerte consuela
más a los vivos, la muerte por amor?

19 DE ENERO DE 1944

Te leo dulces versos de un antiguo,
y las palabras nacidas entre las viñas,
las tiendas, a la orilla de los ríos de las tierras
del Este, cómo caen ahora lúgubres
y desoladas en esta profundísima
noche de guerra, en la cual nadie atraviesa
el cielo de los ángeles de muerte,
y se oye el viento con zumbido de ruina
cuando sacude las láminas que aquí arriba
dividen los pórticos, y la melancolía
asciende de los perros que aúllan desde los huertos
tras las descargas de las rondas
por las calles desiertas. Alguien vive.
Acaso alguien vive. Pero nosotros, aquí,
encerrados en escucha de la antigua voz,
buscamos un signo que supere la vida,
el oscuro sortilegio de la tierra,
donde hasta entre las tumbas de ruinas
la hierba maligna alza su flor.

NIEVE

Desciende la noche: otra vez nos abandonáis,
oh caras imágenes de la tierra, árboles
animales, pobre gente encerrada
en mantas de soldados, madres
de vientre reseco por las lágrimas.
Y la nieve nos ilumina desde los prados
como luna. Oh, estos muertos. Golpead
sobre la frente, golpead hasta el corazón.
Que aúlle al menos alguien en el silencio,
en este cerco blanco de sepultos.

DÍA TRAS DÍA

Día tras día: palabras malditas y la sangre
y el oro. Os reconozco, mis semejantes, oh monstruos
de la tierra. Bajo vuestra mordedura ha caído la piedad,
y la cruz gentil nos ha dejado.
Y ya no puedo volver a mi elíseo.
Levantaremos tumbas a la orilla del mar, sobre campos devastados,
pero no los sarcófagos que distinguen a los héroes.
Con nosotros la muerte ha jugado muchas veces:
se oía en el aire un batir monótono de hojas,
como en el yermo cuando bajo el viento de siroco
el ave de los pantanos asciende sobre las nubes.

ACASO EL CORAZÓN

Ahondaráse el olor acre de los tilos
en la noche de lluvia. Será vano
el tiempo de la alegría, su furia,
ese mordisco suyo de rayo que desgarra.
Apenas queda abierta la indolencia,
el recuerdo de un gesto, de una sílaba,
pero como un lento vuelo de pájaros
entre vapores de niebla. Y aún esperas,
no sé qué, mi abandonada: tal vez
una hora que decida, que reclame
el principio o el fin: igual suerte,
ya. Aquí el negro humo de los incendios
reseca aún la garganta. Si puedes,
olvida aquel sabor de azufre,
y el miedo. Las palabras nos cansan,
brotan de un agua lapidada;
acaso el corazón nos queda, acaso el corazón...

LA NOCHE DE INVIERNO

Y aún la noche de invierno
y la torre de la aldea, oscura de fragores,
y las nieblas que hunden el río,
y los helechos y las espinas. Oh compañero,
has perdido tu corazón: la llanura
no tiene más espacio para nosotros.
Aquí en silencio lloras por tu tierra
y muerdes el pañuelo de color
con dientes de lobo:
no despiertes al niño que duerme a tu lado
con los pies desnudos metidos en un pozo.
Nadie nos recuerde a la madre, nadie
nos cuente un sueño de hogar.

MILÁN, AGOSTO DE 1943

En vano buscas entre el polvo,
pobre mano, la ciudad está muerta.
Está muerta: se ha oído el último cañonazo
sobre el corazón del canal. Y el ruiseñor
ha caído de la antena, suspendida sobre el convento
donde cantaba antes del anochecer.
No cavéis pozos en los patios:
los vivos ya no tienen sed.
No toquéis a los muertos, tan rojos, tan hinchados:
dejadlos en la tierra de sus casas:
la ciudad está muerta, está muerta.

LA MURALLA

Y ya sobre la muralla del estadio,
entre las grietas y los manojos de hierba colgante,
los lagartos se deslizan relampagueando;
y la rana vuelve a las zanjas,
canto detenido en mis lejanas noches
de pueblo. Tú recuerdas este lugar
donde la gran estrella saludaba
nuestra llegada de sombras. Oh, querida, cuánto
tiempo ha caído con las hojas de los álamos,
cuánta sangre en los ríos de la tierra.

OH, MIS DULCES ANIMALES

Ahora el otoño carcome el verdor de las colinas,
oh, mis dulces animales. Aún escucharemos,
antes de la noche, el último lamento
de los pájaros, la llamada de la gris
llanura que marcha hacia aquel rumor
alto de mar. Y el olor a madera
bajo la lluvia, el olor a cuevas
cómo es de vivo aquí entre las casas,
entre los hombres, oh, mis dulces animales.
Este rostro que vuelve sus ojos lentos,
esta mano que señala el cielo donde
retumba un trueno, son vuestros, oh, mis lobos;
mis zorros quemados por la sangre.
Cada mano, cada rostro, son vuestros.
Tú me dices que todo ha sido inútil,
la vida, los días corroídos por un agua
asidua, mientras asciende de los jardines
un canto de niños. ¿Están entonces ahora
lejos de nosotros? Pero ceden en el aire
apenas como sombras. Esta es tu voz.
Pero acaso yo sé que nada de todo esto ha ocurrido.

ESCRITO ACASO SOBRE UNA TUMBA

Aquí, lejos de todos, el sol bate
sobre tu pelo y enciende su miel,
y a los vivos nos recuerda desde su arbusto
la última cigarra del verano,
y la sirena que profunda ulula
alarmas sobre la llanura lombarda.
Oh voces abrasadas por el aire, ¿qué queréis?
Aún asciende el cansancio desde el fondo de la tierra.

A MÍ, PEREGRINO

He aquí, retorno a la tranquila plaza:
en tu balcón flamea solitaria
la bandera de una fiesta ya pasada.
— Reaparece — digo, pero sólo la edad
que anhela los sortilegios, hechizó el eco
de las cuevas de piedra abandonadas.
¡Cuánto tiempo ya que no responde lo invisible
si como antaño llamo en el silencio!
No estás ya aquí, tu saludo ya
no llega más a mí, peregrino. Jamás dos veces
la alegría se revela. Y bate extrema
la luz sobre el pino que recuerda al mar.
Y vana también la imagen de las aguas.

Nuestra tierra está lejos, en el Sur,
ardiente en lágrimas y lutos. Mujeres,
allí, con negros chales
hablan a media voz de la muerte
en los umbrales de las casas.

DESDE LA ROCA DE BÉRGAMO ALTO

Has oído el grito del gallo en el aire
más allá de los murallones, más allá de las torres
heladas por una luz que ignorabas,
grito fulmíneo de vida, y murmullo
de voces dentro de celdas, y la llamada
de un pájaro de ronda antes del alba.
Y no has dicho palabras para ti:
estabas en el círculo de breve radio ya:
y callaron el antílope y la garza
ahogados en un soplo de humo perverso,
talismanes de un mundo apenas nacido.
Y pasaba la luna de febrero
abierta sobre la tierra, pero sobre ti como forma
en la memoria encendida por su silencio.
También tú entre los cipreses de la Roca
marchas ahora sin rumor; y aquí la ira
se aquieta bajo el verdor de los jóvenes muertos,
y la piedad lejana es casi alegría.

EL VADO

¿De dónde llamas? Lánguida esta niebla
de ti resuena. Aún desde las cabañas,
es tiempo, los perros ávidos se lanzan
hacia el río sobre pestes olorosas:
luminosa de sangre en la otra orilla
ríe ásperamente la garduña. Es vado
que conozco: allí, del agua sobresalen
negros guijarros; y cuántas barcas pasan
en la noche con antorchas de azufre.
Ahora estás verdaderamente lejos ya,
si tu voz tiene innumerable tono
de eco, y apenas oigo su cadencia.

Sin embargo, te veo: tienes violetas entre las manos
cruzadas, tan pálidas, y líquenes
cerca de los ojos. Luego, tú estás muerta.

HOMBRE DE MI TIEMPO

Eres aún aquel de la piedra y de la honda;
hombre de mi tiempo. Estabas en la carlinga
con las alas malignas, los relojes de muerte,
— te he visto — en el carro de fuego, en las horcas,
en las ruedas de tortura. Te he visto: eras tú,
con tu ciencia exacta decidida al exterminio,
sin amor, sin Cristo. Has matado aún,
como siempre, como mataron los padres, como mataron
los animales que te vieron por primera vez.
Y esta sangre huele como en el día
en que el hermano dijo al otro hermano:
"Vamos a los campos." Y aquel eco frío, tenaz
ha llegado hasta ti, en tu jornada.
Olvidad, oh hijos, las nubes de sangre
surgidas de la tierra, olvidad a los padres:
sus tumbas se hunden en la ceniza,
los pájaros negros, el viento, cubren su corazón.

LA VIDA NO ES SUEÑO
(1946 - 1948)

[Versión castellana de BASILIO URIBE.]

LAMENTO POR EL SUR

La luna roja, el viento, tu color
de mujer del Norte, el páramo de nieve...
Mi corazón está hoy en estos prados,
en estas aguas anubladas por las brumas.
He olvidado el mar, el grave
caracol que soplan los pastores sicilianos,
las cantilenas de los carros a lo largo de caminos
donde tiembla el algarrobo en el humo del rastrojo,
he olvidado el paso de las garzas y las grullas
en el aire de los verdes altiplanos,
por las tierras, los ríos, de esta Lombardía.
Pero el hombre clama doquiera la suerte de una patria.
Ya ninguno me llevará al Sur.

Oh, el Sur está harto de acarrear muertos
al borde de los pantanos de malaria,
está harto de soledad, harto de cadenas,
está harto dentro de su boca
de las blasfemias de todas las razas
que han aullado muerte con el eco de sus pozos,
que han bebido la sangre de su corazón.
Por eso sus muchachos vuelven a los montes,
constriñen los caballos bajo mantas de estrellas,
comen flores de acacias a lo largo de huellas
nuevamente rojas, aún rojas, aún rojas.
Ya ninguno me llevará al Sur.

Y esta noche, colmada de invierno
es aún nuestra, y aquí te repito
mi absurdo contrapunto
de dulzuras y furores,
un lamento de amor sin amor.

EPITAFIO PARA BICE DONETTI

Con los ojos a la lluvia y los elfos de la noche,
está allí, en el campo quinc:, en Musocco,
la mujer emiliana por mí amada
en el tiempo triste de la juventud.
A poco fue arrebatada por la muerte
mientras miraba quieta el viento del otoño
agitar las ramas de los plátanos y las hojas,
desde la gris casa de las afueras.
Su rostro está aún vivo de sorpresa,
tal como fuera en la infancia, fulminado
por el tragallamas alto sobre el carro.
Oh tú, que pasas urgido por otros muertos,
ante la fosa mil ciento sesenta,
deténte un minuto a saludar
a la que no sufrió jamás por el hombre
que aquí quedó, odiado, con sus versos,
uno como tantos, obrero de sueños.

DIÁLOGO

At cantu commotae Erebi de sedibus imis
umbrae ibant tenues simulacraque luce carentum.
Estamos sucios de guerra y Orfeo bulle
de insectos, horadado por piojos,
y tú estás muerta. El invierno, aquel peso
de hielo, el agua, el aire tempestuoso,
con ti se fueron, y el trueno de eco en eco
dentro de tus noches de tierra. Y ahora sé
que te debía más hondo consenso,
pero nuestro tiempo ha sido furia y sangre:
otros ya se hundían en el fango,
tenían las manos, los ojos deshechos,
aullaban misericordia y amor.

Pero cómo es siempre tarde para amar;
perdóname, pues. Ahora grito también yo
tu nombre en esta hora meridiana
tarda de alas, de cuerdas de cigarras
tensas dentro de las cortezas de los cipreses.
No sabemos más dónde está tu orilla;
había un paso señalado por los poetas,
cerca de fuentes que humean en abismos
sobre el altiplano. Pero en ese lugar yo vi
de muchacho arbustos de hayas violáceas,
perros pastores, y pájaros de aire hondo
y caballos, misteriosos animales
que van detrás del hombre alzadas las cabezas.
Los vivos han perdido para siempre
la senda de los muertos y están lejos.

Este silencio ahora es más tremendo
que aquel que divide tu ribera.
"Sombras llegábanse ligeras." Y aquí
el Olona corre tranquilo, ni un árbol
se mueve en su pozo de raíces.
¿O no eras Eurídice? ¡No eras Eurídice!
Eurídice vive. ¡Eurídice! ¡Eurídice!

Y tú, sucio aún de guerra, Orfeo,
igual que tu caballo, sin el látigo,
alza el rostro, no tiembla más la tierra:
clama de amor: si quieres, vence al mundo.

COLOR DE LLUVIA Y DE HIERRO

Decías: muerte, silencio, soledad;
como amor, vida. Palabras
de nuestras provisorias imágenes.
Y el viento se alzó liviano cada mañana
y el tiempo color de lluvia y de hierro
ha pasado sobre las piedras,
sobre nuestro cerrado zumbar de malditos.

Aún la verdad está lejana.
Y dime, hombre quebrado sobre la cruz,
y tú de manos espesas de sangre,
¿cómo responderé a aquellos que preguntan?
Ahora, ahora: antes que otro silencio
entre en los ojos, antes que otro viento
suba y otra herrumbre florezca.

CASI UN MADRIGAL

El girasol se vuelve a Occidente
y ya precipita el día
en su ojo en ruina y el aire del estío
se adensa y ya curva las hojas y el humo
de los obrajes. Aléjase con correr
seco de nubes y chirriar de rayos
este último juego del cielo. Todavía,
y desde años, querida, nos detiene la mutación
de los árboles prietos en el cerco
de canales. Pero es siempre nuestro día,
y siempre aquel sol que desaparece
con el hilo de su rayo afectuoso.

No tengo ya recuerdos, no quiero recordar;
la memoria resurge de la muerte,
la vida no tiene fin. Cada día
es nuestro. Uno se detendrá para siempre,
y tú, conmigo, cuando nos parezca tarde.
Aquí, al borde del canal, los pies
en subibaja, como de muchachos,
miramos el agua, las primeras ranas
en su color verde que se oscurece.
Y el hombre que en silencio se avecina
no esconde un cuchillo entre las manos,
sino una flor de geranio.

ANNO DOMINI MCMXLVII

Habéis concluido de batir los tambores
con cadencia de muerte en todos los horizontes
detrás de los ataúdes pegados a las banderas,
de otorgar llagas y lágrimas bastantes
en ciudades destruidas, ruina sobre ruina.
Y ya ninguno grita: "Dios mío,
¿por qué me abandonaste?" Y no corre más leche
ni sangre del pecho horadado. Y ahora
que habéis ocultado los cañones entre las magnolias,
dejadnos un día sin armas sobre la hierba
al susurro del agua en movimiento,
de las hojas de caña frescas en el pelo,
mientras abrazamos a la mujer que nos ama.
Que no suene de pronto sin ser noche
la señal del oscurecimiento. Un día, un solo
día para nosotros, oh amos de la tierra,
antes que vibren otra vez el aire y el hierro
y una esquirla nos queme en plena frente.

MI TIERRA ES ITALIA

Mas los días se alejan dispersos
y más retornan al corazón de los poetas.
Allá los campos de Polonia, la llanura de Kutno
con las colinas de cadáveres que arden
en nubes de nafta; allá, las alambradas
de la cuarentena de Israel,
la sangre entre basuras, el examen tórrido,
las cadenas de pobres ya muertos hace tiempo,
fulminados sobre fosas abiertas por sus mismas manos;
allá Buchenwald, la mansa selva de hayas,
con sus hornos malditos; allá Stalingrado,
y Minsk sobre los pantanos y la nieve putrefacta.

Los poetas no olvidan. ¡Oh la multitud de los viles,
de los vencidos, de los perdonados por la misericordia!
Todo se trastorna, mas los muertos no se venden.
Mi tierra es Italia, oh enemigo más extranjero,
y yo canto su pueblo, y también el llanto
que cubren los rumores de su mar,
el límpido luto de las madres, canto su vida.

THÀNATOS ATHÀNATOS

¿Y deberemos, pues, negarte, Dios
de los tumores, Dios de la flor viva,
y comenzar con un no ante la oscura
piedra "yo soy", y consentir en la muerte,
y sobre cada tumba escribir la única
certeza nuestra: "thànatos athànatos"?
¿Sin un nombre que recuerde los sueños
las lágrimas los furores de este hombre
envilecido por preguntas aún abiertas?
Nuestro diálogo cambia; tórnase
ahora posible el absurdo. Allá
tras el humo de niebla, dentro de los árboles
vigila la potencia de las hojas,
verdadero es el río que presiona sobre las orillas.
La vida no es sueño. Verdadero el hombre
y su llanto celoso del silencio.
Dios del silencio, abre la soledad.

CARTA A LA MADRE

"*Mater dulcissima,* descienden ya las nieblas,
el canal bate confusamente contra los muelles,
los árboles se hinchan de agua, arden de nieve;
no estoy triste en el Norte: no estoy
en paz conmigo pero no aguardo

perdón de nadie; muchos me deben lágrimas
de hombre a hombre. Sé que no estás bien, que vives
como todas las madres de poetas, pobre
y justa en la medida de amor
hacia los hijos lejanos. Hoy soy yo
quien te escribe." — Finalmente, dirás, dos palabras
de ese muchacho que huyó de noche con una capa corta
y algunos versos en el bolsillo. Pobre, tan pronto de corazón,
lo matarán un día en cualquier lugar.
"Cierto, recuerdo, fue de aquel andén gris
de trenes lentos que llevaban almendras y naranjas,
en la boca del Imera, río lleno de urracas,
de sal, de eucaliptos. Mas ahora te agradezco,
esto quiero, la ironía que has puesto
en mis labios, mansa como la tuya.
Esa sonrisa me ha salvado de llantos y de dolores.
Y no importa si ahora vierto alguna lágrima por ti,
por todos aquellos que como tú esperan,
y no saben qué. Ah, muerte gentil,
no tocar el reloj que late en la pared de la cocina,
toda mi infancia pasó sobre el esmalte
de su cuadrante, sobre aquellas flores pintadas:
no tocar las manos, el corazón de los viejos.
¿Pero acaso alguien responde? Oh, muerte de piedad,
muerte de pudor. Adiós, querida, adiós, mi *dulcissima mater*."

ENEMIGA DE LA MUERTE

a Rossana Sironi

Tú no debías, oh amada,
despedazar tu imagen del mundo,
quitarnos una medida de belleza.
Enemigos de la muerte, ¿qué haremos
inclinados ante tus pies rosa,
sobre tu flanco violeta?
No has dejado un papel, una palabra
de tu último día ni un no a cada cosa
de la tierra, un no a la diaria
monotonía de los hombres. La triste, estival
áncora de luna arrojó fuera
tus sueños: luces, árboles, colinas,
aguas, noches; no confusos
pensamientos, sueños ciertos
arrancados de la mente que decidió
bruscamente por ti
el tiempo, la vileza futura. Ahora
estás detrás de firmes puertas,
enemiga de la muerte. —¿Quién aúlla, quién aúlla?—
Has matado de un soplo la belleza,
la has golpeado para siempre, la has desgarrado
sin un lamento por su loca
sombra que extiende sobre nosotros. No bastabas,
belleza, soledad vencida.
Has borrado un gesto en la oscuridad, has escrito
tu nombre en el aire o aquel no a todo
lo que hormiguea a uno y otro lado del viento.
Sé qué querías en el vestido nuevo,
conozco la pregunta que vuelve vacía.
No hay para nosotros, no hay para ti respuesta,
oh musgo y flores, oh querida
enemiga de la muerte.

EL FALSO Y VERDADERO VERDE

Ya no me aguardas con el vil corazón
del reloj. No importa si abres
o fijas la desolación: quedan horas
ásperas, desnudas, con un temblor de hojas
imprevistas sobre los vidrios de tu
ventana elevada sobre dos calles de nubes.
Me queda la lentitud de una sonrisa,
el cielo oscuro de un vestido, el terciopelo
color herrumbre atado a los cabellos
y suelto sobre los hombros y aquel rostro tuyo
hundido en un agua casi inmóvil.

Golpes de hojas rugosas de amarillo,
aves de hollín. Otras hojas, ahora,
aquietan las ramas y se desprenden ya,
retorcidas: el falso y verdadero verde
de abril, aquella mueca liberada
de florecer cierto. ¿Y tú no floreces,
no asumes días ni sueños que asciendan
de nuestro más allá, no tienes ya tus ojos
infantiles, no tienes ya manos tiernas
para buscar mi rostro que huye?
Queda el pudor de escribir versos
autobiográficos o de lanzar un aullido al vacío
o en el increíble corazón que lucha
todavía con su tiempo derrumbado.

CUANDO CAYERON LOS ARBOLES Y LOS MUROS

LAUDES

29 de abril de 1945

HIJO

—¿Y por qué, madre, escupes a un cadáver
cabeza abajo, atado por los pies
a la viga? ¿No te asquean los otros
que cuelgan a sus costados? ¡Ah, esa mujer,
sus medias de can-can macabro,
boca y garganta de flores pisoteadas!
No, madre, deténte: grita a la multitud
que se vaya. No es un lamento, es burla,
es alegría: ya se pegan los tábanos
a los nudos de las venas. ¡Has disparado,
ahora contra esa cara; madre, madre, madre!

MADRE

—Siempre hemos escupido a los cadáveres,
hijo: colgados de rejas de ventanas,
de mástiles de navío, incinerados
por la Cruz, desgarrados por mastines,
por un poco de hierba en el límite de los feudos.
Sea tumulto o soledad,
ojo por ojo, diente por diente,
tras dos mil años de eucaristía,
nuestro corazón ha querido abrir
el otro corazón que había abierto el tuyo,
hijo. Te arrancaron los ojos, te rompieron
las manos para que traicionaras un nombre.
Muéstrame los ojos, dame tus manos:
¡estás muerto, hijo! ¡Porque estás muerto
puedes perdonar: hijo, hijo, hijo!

HIJO

— Este tufo repugnante, esta humareda
de escombros, las espesas moscas verdes
arracimadas en los ganchos: la ira y la sangre
manan justamente. No por ti
ni por mí, madre: ojos y manos aun
me atravesarán mañana. Hace siglos
que la piedad es el aullido del asesinado.

A LOS QUINCE DE PLAZA LORETO

Esposito, Fiorani, Fogagnolo,
Casiraghi, ¿quiénes sois? ¿Son sombras vuestros nombres?
Soncini, Principato, ¿apagados epígrafes,
vosotros, Del Riccio, Temolo, Vertemati,
Gasparini? ¿Hojas de un árbol
de sangre, Galimberti, Ragni, vosotros,
Bravin, Mastrodomenico, Poletti?
Oh amada sangre nuestra que no ensucia
la tierra, sangre que inaugura la tierra
en la hora de los mosquetes. Sobre las espaldas
vuestras llagas de plomo nos humillan:
ha pasado mucho tiempo. Aún cae muerte
de bocas fúnebres, piden muerte
las banderas extranjeras sobre las puertas
de vuestras casas. Temen
de vosotros la muerte, creyéndose vivos.
No es la nuestra guardia de tristeza,
no es vigilia de lágrimas en las tumbas;
la muerte no da sombra cuando es vida.

AUSCHWITZ

Allá abajo, en Auschwitz, lejos del Vístula,
amor, a lo largo de la llanura nórdica,
en un campo de muerte: fría, fúnebre,
la lluvia en el moho de los postes
y la maraña de hierro de los recintos:
ni árboles ni pájaros en el aire gris
o en nuestros pensamientos, sino inercia
y dolor que la memoria abandona
a su silencio sin ironía o ira.

Tú no quieres elegías, idilios: sólo
razones de nuestra suerte, aquí,
tú, tierna a los contrastes de la mente,
insegura ante una presencia clara
de la vida. Y la vida está aquí,
en cada no que semeja una certeza:
aquí oiremos llorar al ángel, al monstruo,
nuestras horas futuras
golpear el más allá, que está aquí, en eternidad
y en movimiento, no en imagen
de sueños, de posible piedad.
Y aquí las metamorfosis, aquí los mitos.
Sin nombre de símbolos o de un dios,
son crónicas, lugares de la tierra,
son Auschwitz, amor. ¡Cómo de pronto
se volvió humo de sombra
el cuerpo amado de Alfeo y de Aretusa!

De aquel infierno abierto con un rótulo
blanco: "El trabajo os volverá libres",
surgió, constante, el humo
de miles de mujeres, arrojadas
al alba de las celdas contra el muro
del tiro al blanco o ahogadas clamando
misericordia al agua con la boca
de esqueleto bajo las duchas de gas.

Las hallarás tú, soldado, en tu historia,
bajo forma de ríos, de animales,
¿o también tú eres ceniza de Auschwitz,
medalla de silencio?
Quedan largas trenzas encerradas en urnas
de vidrio, ceñidas aún por amuletos,
y sombras infinitas de pequeños zapatos
y bufandas de hebreo: son reliquias
de un tiempo de cordura, de sabiduría
del hombre que se hace a la medida de las armas,
son los mitos, nuestras metamorfosis.

Sobre la tierra donde amor y llanto
se pudrieron y piedad, bajo la lluvia,
allá abajo, batía un no dentro de nosotros,
un no a la muerte, muerta en Auschwitz,
para no repetir, de aquella fosa
de ceniza, la muerte.

A LOS HERMANOS CERVI, A SU ITALIA

Ríen en toda la tierra hombres infames,
príncipes, poetas, que repiten el mundo
en sueños, sabios de malicia y ladrones
de sabiduría. También en mi patria ríen
sobre la piedad, sobre el paciente corazón, la solitaria
melancolía de los pobres. Y mi tierra es hermosa
en hombres y árboles, en martirio, en figuras
de piedra y colores, en antiguas meditaciones.

Los extranjeros os golpean con dedos de mercaderes
el pecho de los santos, las reliquias de amor,
toman vino e incienso bajo la fuerte luna
de las orillas, en guitarras de reyes afinan
cantos de volcanes. Hace muchísimos años
que entran armados, resbalan por los valles
a lo largo de las llanuras con los animales y los ríos.

En la dulcísima noche Polifemo llora
aquí aún su ojo apagado por el navegante
de la isla lejana. Y arde siempre la rama de olivo.

También aquí dividen en sueños la Naturaleza,
visten a la muerte, y ríen, los enemigos
familiares. Algunos me acompañaban en el tiempo
de los versos de amor y soledad, en los confusos
dolores de lentos molinos y de lágrimas.
Su historia acabó en mi corazón
cuando cayeron los árboles y los muros
entre furias y lamentos fraternales en la ciudad lombarda.

Pero yo escribo aún palabras de amor,
y ésta es también una carta de amor
a mi tierra. Escribo a los hermanos Cervi,
no a las siete estrellas de la Osa: a los siete emilianos
de los campos. Tenían escasos libros en el corazón,
murieron arrojando dados de amor en el silencio.
Filósofos, soldados y poetas ignoraban
este humanismo de estirpe campesina.
El amor, la muerte, en un foso de niebla poco profunda.
Toda tierra querría vuestros nombres de fuerza, de pudor,
no como recuerdo, sino para los días que se arrastran
tardíos de Historia, rápidos de máquinas de sangre.

EPIGRAMAS

A UN POETA ENEMIGO

A Giuseppe Marotta

En la arena de Gela, color de paja,
me tendía en mi niñez, junto al antiguo
mar de Grecia con muchos sueños en los puños
cerrados y en el pecho. Allá Esquilo, desterrado,
midió versos y pasos desconsolados,
en aquel golfo abrasado el águila lo vio
y fue el último día. Hombre del Norte que deseas,
para tu paz, verme pequeño o muerto, espera:
la madre de mi padre tendrá cien años
en la nueva primavera. Espera: que yo mañana
quizá juegue con tu cráneo, amarillo por las lluvias.

DE LA RED DEL ORO

De la red del oro cuelgan arañas repugnantes.

LA TIERRA INCOMPARABLE
(1955-1958)

Digo que los muertos matan a los vivos.

(ESQUILO: *Las coéforas,* v. 886.)

[Versión castellana de HÉCTOR MIGUEL ANGELI.]

VISIBLE, INVISIBLE

Visible, invisible
el carretero al horizonte
entre los brazos del camino llama
responde a la voz de las islas.
Tampoco yo voy a la deriva,
en torno rueda el mundo, leo
mi historia como guardián nocturno
en las horas de la lluvia. El secreto tiene márgenes
felices, estratagemas, atracciones difíciles.
Mi vida, habitantes crueles y sonrientes
de mis rutas y de mis paisajes,
no tiene cerrojo en las puertas.
No me preparo a morir;
sé el principio de las cosas,
el fin es una superficie por donde viaja
el invasor de mi sombra.
Yo no conozco las sombras.

LA TIERRA INCOMPARABLE

Hace tiempo te debo palabras de amor:
o tal vez sean aquellas que cada día
se desvanecen rápidas apenas articuladas
y la memoria les teme, transforma
los signos inevitables en diálogo
enemigo acérrimo del alma. Tal vez
el murmullo de la mente no deja oír
mis palabras de amor o el miedo

arbitrario del eco que altera
las imágenes más débiles con un sonido
afectuoso: o tocan la invisible
ironía, sus propiedades filosas
o mi vida ya cercada, amor.
O tal vez es el color que las deslumbra
en el tropiezo con la luz
del tiempo que irá a ti cuando el mío
no pueda ya llamar amor oscuro
amor ya llorando
la belleza, la ruptura impetuosa
con la tierra incomparable, amor.

UN ARCO ABIERTO

La noche se quiebra sobre la tierra
con trueno de humo y el buharro
bate el tuteo, dice solo
el silencio. Las altas islas, oscuras
aplastan el mar sobre la playa,
la noche penetra en las conchas.
Y tú mides el futuro, el principio
que no permanece, divides con lenta ruptura
la suma de un tiempo ya ausente.
Como la espuma se ciñe a los peñascos,
pierdes el sentido del transcurso
impasible de la destrucción.
No conoce la muerte mientras muere
el canto cerrado del búho, procura en torno
su caza de amor, prolonga
un arco abierto, revela su
soledad. Alguien vendrá.

AL PADRE

Donde sobre las aguas violeta
estaba Messina, entre cables rotos
y ruinas, tú marchas entre vías
y cambios con tu gorro de gallo
isleño. El terremoto hierve
desde hace tres días, diciembre de huracanes
y mar envenenado. Nuestras noches caen
en los vagones de carga y nosotros, rebaño infantil,
contamos sueños polvorientos con los muertos
aplastados por hierros, mientras mordemos almendras
y guirnaldas de manzanas secas. La ciencia
del dolor puso verdad y aceros
en los juegos de las bajas llanuras de malaria
amarilla y terciana hinchada de barro.

Tu paciencia
triste, delicada, nos robó el miedo,
fue lección de días unidos a la muerte
traicionada, al desprecio de los ladrones
apresados entre las ruinas y ajusticiados en la tiniebla
por la fusilería de los desembarcos, cuenta
de números bajos que resultaba exacta
concéntrica, un balance de vida futura.

Tu gorro de sol bajaba y subía
en el poco espacio que siempre te han dado.
También a mí me midieron cada cosa
y he llevado tu nombre
un poco más allá del odio y de la envidia.
Ese rojo sobre tu cabeza era una mitra,
una corona con alas de águila.
Y ahora, en el águila de tus noventa años,
he querido hablar contigo, con tus señales
de partida coloreadas por la linterna
nocturna, y aquí desde una ruta
imperfecta del mundo.

sobre un cúmulo de muros cerrados,
lejos de los jazmines de Arabia
donde todavía estás, para decirte
lo que en un tiempo no pude — difícil afinidad
del pensamiento — para decirte, y no nos escuchan sólo
cigarras en los cruces, agaves lentiscos,
como el campesino dice a su señor:
"Besamos las manos." Esto, nada más.
Oscuramente fuerte es la vida.

UN GESTO O UN NOMBRE DEL ESPÍRITU

Vida pirata, levantaste el gran empavesado
mientras entrabas a mi mar para dispersar,
ensangrentar bajo el filo de tu hacha
tamborileante esperanzas,
identidad entre sueño y día
visible. Y huyó la langosta
de las amapolas y el lirón colgado de las hayas,
el instrumento de cuerda y la lira de lámina
vocal de los aedos, pero no los mitos
protectores del pensamiento. Y el amor
gentil fue por largo tiempo rebeldía, juicio
burdo, furia. Veo desde una colina
de toba y madreperla, y recorre el mar
mi mirada infantil de rencor.
Me arrebataste toda primogenitura
pernoctando bajo mi alma.
Pero aún si hubieras hecho un saludo
de encuentro feliz con tu señal
a mis piedras, a los animales, a los árboles,
ninguna palabra íntima habría cambiado
de mi ayer o mi futuro. Ni siquiera
decides un gesto o un nombre del espíritu,
grosero pirata
de sabiduría, interminable locura.

TODAVIA DEL INFIERNO

EL MURO

Contra ti alzan un muro
en silencio, piedra y cal, piedra y odio.
Cada día desde zonas más altas
bajan la plomada. Los albañiles
son todos iguales, pequeños, oscuros
de rostro, maliciosos. En el muro
graban juicios sobre los deberes
del mundo y si la lluvia los borra
nuevamente los escriben, aun con geometrías
más amplias. Cada tanto alguno se precipita
del andamio y en seguida otro
ocupa su puesto. No visten todos
de azul y hablan una jerga alusiva.
Alto es el muro de suciedad,
en los huecos de las vigas ahora se deslizan
lagartijas y escorpiones, cuelgan hierbas negras.
La oscura defensa vertical evita
desde un solo horizonte los meridianos
de la tierra, y tampoco cubre el cielo.
Del otro lado de este refugio
tú no pides gracia ni confusión.

EN ESTA CIUDAD

Esta ciudad tiene también la máquina
que tritura los sueños: con una ficha
viva, un pequeño disco de dolor,
pronto estás allá sobre esta tierra,

desconocido entre sombras delirantes
sobre algas de fósforo enmohecidas de humo:
una ronda de monstruos
gira sobre conchas
que pútridas suenan al quebrarse.
Es en el bar de esquina allá abajo, a la vuelta
de los plátanos, aquí en mi metrópoli
o doquiera. Vamos, ya disparan la manopla.

TODAVÍA DEL INFIERNO

No nos diréis una noche a gritos
desde los megáfonos, una noche
de azahares de nacimientos, de amores
apenas iniciados, que el hidrógeno
en nombre del derecho quema
la tierra. Los animales, los bosques se derriten
en el Arca de la destrucción, el fuego
es muérdago sobre los cráneos de los caballos,
en los ojos humanos. Luego a nosotros muertos
vosotros muertos nos dictaréis nuevas tablas
de la ley. En el antiguo lenguaje
otros signos, perfiles de puñales.
Balbucirá alguno sobre las escorias,
inventará todo otra vez,
o nada en la uniforme suerte,
el murmullo de las corrientes, el crepitar
de la luz. No esperanza
dictaréis vosotros muertos a nuestra muerte
en los abismos del fangal hirviente,
aquí en el infierno.

CRÓNICA POLICIAL

Claude Vivier y Jacques Sermeus,
compañeros ya de infancia entre los altos muros
de un asilo, fríamente
a tiros, sin razón
alguna mataron a dos jóvenes amantes
sobre un auto detenido en el parque de Saint Cloud
sobre la avenida de la Felicidad,
al caer la noche
del veintiuno de diciembre
de mil novecientos cincuenta y seis.
Claude Vivier dice que fue un delito
por monedas y pide, negra araña
y pájaro, antes de la guillotina
la celda de Landrú o Weidmann
en la prisión de Versalles. Los dos
muchachos son inteligentes y duros.
Es necesario salvar los estímulos
civiles, la soledad alegre
de la caverna, antiquísimos
latinos. Envidia del amor, odio
a la inocencia: fórmula del alma.
La esperanza tiene corazón siempre estrecho
y de Claude y Jacques aún recibiremos,
si no llevamos la cuenta, el cierre
de oro entre el dar y el haber del hombre.

CASI UN EPIGRAMA

El acróbata en el bar, melancólico
y bohemio, se levanta de pronto
desde un ángulo e invita a un rápido
espectáculo. Se quita la chaqueta
dentro de su malla roja dobla el espinazo

al revés y recoge como un perro
un pañuelo sucio
con la boca. Repite dos veces
el puente sin camisa y luego se inclina
con su plato de plástico. Agradece
con ojos de hurón
un buen golpe a la Sisal y desaparece.
La edad del átomo culmina.

LOS SOLDADOS LLORAN DE NOCHE

Ni la Cruz ni la infancia bastan
ni el martillo del Gólgota, ni la angélica
memoria, para destruir la guerra.
Los soldados lloran de noche
antes de morir, son fuertes, caen
a los pies de las palabras aprendidas
bajo las armas de la vida.
Cifras amantes, soldados,
anónimos ruidos de lágrimas.

DE GRECIA

MICENAS

En la calle de Micenas arbolada
de eucaliptos puedes encontrar queso
de oveja y resinoso vino "A la belle
Hélène de Ménélas", una hostería
que desvía el pensamiento de la sangre
de los Átridas. Tu Corte, Agamenón,
es cueva de ladrones bajo el monte
Zara cuya piedra no rayaron
las raíces desplomadas por los sesgados
barrancos. Los poetas hablan mucho
de ti, de la invención del delito
en tu casa de crisis,
del furor fúnebre de Electra,
que alentó durante diez años con el ojo
del sexo al hermano lejano
al matricidio, hablan los diabólicos
de la lógica de la reina,
la mujer del soldado ausente
Agamenón, mente, espada traicionada.
Y solamente tú te has perdido,
Orestes, tu rostro desaparece sin
máscara de oro. A los Leones de la puerta,
a los esqueletos de la armonía escénica,
realzados por filólogos de la piedra,
mi saludo de sículo griego.

DELFOS

Una planta, no laurel
o mirto, tallo
y hojas comunes donde se injerten,
por metamorfosis alma y estructura
que probará la muerte
no hay siquiera en Delfos.
Ni laurel hay para el oráculo
ni antro para su juego. El sol sopla
desde lo alto del Parnaso y confunde
el centro del mundo. Castalia goza
tibia en los labios del turista
y el vendedor de aguas burbujeantes ríe
cerca de la fuente, con dos estatuillas
votivas húmedas de moho. Pero en la primera
grada del templo, si te conoce,
Febo alza el arco y dispara derecho al tendón,
escondido bajo el lecho de las piedras
donde las serpientes sagradas manan hijos.
Y ya sabes si inmovilidad es vida
y muerte movimiento. Aquí hacia lo eterno parte
desde el estadio, desde las grietas telúricas
de los montes que recorta la luna filosa,
el auriga plebeyo de frente baja
y el ojo de langosta esmaltado.

MARATÓN

El lamento de las madres en Maratón,
el grito de las vísceras del pueblo,
no fue oído por nadie. Grecia
era libre. Es libre Grecia.
Maratón es un lugar de soldados,
no de sortilegios, aquí no se alza templo

ni ara. Su túmulo está intacto, desde lo alto
se ve Eubea. Gusano de la Historia
cada cosa concilia sobre el suelo,
aquí la estela y en la tierra yelmos y espadas;
a pesar de Maratón y Maratón,
el hombre de la llanura de Argos vive
entre murallas como refugio de centinelas.

MINOTAURO EN CNOSOS

Los jóvenes de Creta tenían cintura
estrecha y flancos rotundos. El Minotauro
bramaba en el laberinto también por ellos.
Sabiduría, Ariadna, de los sentidos de Pasifae,
que estremeció imágenes bestiales con el toro
surgido como Venus del mar.
Pero el arte, los útiles del hombre, los signos
refinados de una vida civilizada,
son vuestros, cretenses, no hay muerte.
Pero ya no hay nadie que acuchille
al monstruo en Cnosos y en el mercado
de Heraclea confuso y sucio de Oriente
no hay nada que se asemeje
a la Grecia de antes de Grecia.

ELEUSIS

Un general ha levantado en Eleusis
una torre de plomo y cemento
con un reloj que marca de noche
las cifras de los misterios. Desde su órbita
la hora produce un torbellino vulgar, gris,
sobre la piedra en que lloraba, cadenciosamente
la página fúnebre de la aparición
monótona de los muertos. El caudillo solitario

hollaba Eleusis,
los canastos de mimbre llenos de símbolos
fuertes, generosos de aullidos humanos,
hundiendo el hocico en las perlas negras,
sobre la arcada invisible del Hades.
Allá Esquilo decía a Hécate lunar:
¿Hay algo bueno,
algo está libre de mal?

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

A LA NUEVA LUNA

En el principio Dios creó el cielo
y la tierra, luego en su día
preciso puso las luminarias en el cielo
y al séptimo día descansó.

Después de miles de años el hombre,
hecho a su imagen y semejanza,
sin reposar jamás, con su
inteligencia laica,
sin temor, en el cielo sereno
de una noche de octubre
puso otras luminarias iguales
a aquellas que giraban
desde la creación del mundo. Amén.

UNA RESPUESTA

Si arde en la mente el ancla de Ulises...
Si en las orillas del mar de Acis, aquí entre las barcas
con el ojo negro en proa contra la mala
suerte, yo pudiese de la nada del aire
aquí de la nada que cruje de pronto y atrapa
como la fisga del pez-espada,

de la nada de las manos que se transforman
como Acis, viva formar de la nada
una hormiga y arrojarla al cono
de arena de su laberinto o un virus
que dé continua juventud a mi
enemigo más fiel,
acaso entonces, sería igual a Dios —

en la misma firmeza de la vida
y de la muerte no opuestas:
ola aquí y lava, larvas
de la luz de esta ya futura,
clara mañana de invierno — respuesta
a una pregunta de naturaleza y angustia
que fulgura sobre un número infinito,
el primero del camino tórrido
que se incrusta en el más allá.

OTRA RESPUESTA

¿Pero qué queréis, piojos de Cristo?
Nada sucede en el mundo y el hombre
ciñe todavía la lluvia en sus alas
de cuervo y grita amor y disonancia.
Para vosotros no falta sangre
desde la eternidad. Mientras tanto la oveja
aceptó su retorno con la cabeza
desnuda y el ojo de sal.
Pero nada sucede. Y está ya mustia
la crónica en los muros de la ciudad
de un archipiélago lejano.

CALLEJUELA

Tu voz a veces me reclama
y no sé qué cielos y aguas
se me despiertan dentro:
una red de sol que se desteje
sobre tus muros que en la noche eran
un balanceo de lámparas
de las perezosas tiendas
llenas de viento y de tristeza.

Otro tiempo: un telar batía en el patio
y se oía por la noche un llanto
de niños y cachorros.

Callejuela: una cruz de casas
que se llaman quedo
y no saben que es el miedo
de quedarse solas en la sombra.

AVIDAMENTE TIENDO MI MANO

En pobreza de carne, tal cual soy,
heme aquí, Padre; polvo de camino
que el viento en su perdón levanta apenas.

Pero si menguar antaño no he sabido
la primitiva voz aún rumorea,
ávidamente tiendo mi mano:
dame dolor pan cotidiano.